

LA CIENCIA POLÍTICA

LA POLÍTICA COMO CIENCIA

Las dificultades en la construcción del concepto de política constituyen la antesala del debate en torno a la naturaleza, carácter, objeto, método, cientificidad y autonomía de la Ciencia Política. Con ello, quiero expresar que si ya es una tarea delicada y ciertamente trabajosa encontrar una línea de coherencia entre las diferentes posturas y actitudes frente a la política como actividad humana, plantea problemas similares, cuando no, todavía más complejos.

Para empezar, no existe acuerdo ni siquiera en torno al propio nombre de la disciplina. Por ejemplo, algunos autores anglosajones prefieren hablar de Study of Politics, y otros, de Introducción a la Política. El pragmatismo propio del pensamiento reflexivo anglosajón inspira estos enfoques que, entre otras cosas, permiten eludir difíciles y comprometidas consideraciones acerca de la naturaleza de la política, del acto político, de su sustantividad y relaciones con otras materias sociales, más allá de los complicados análisis epistemológicos y metodológicos.

La unidad de la Ciencia Política está amenazada por la variedad de ciencias sociales que pretenden captar y explicar la realidad política desde sus propias coordenadas y, también, por la falta, hasta ahora, de un sistema de Ciencia Política coherente y convincente.

El estado actual de la disciplina permite dejar atrás las estériles batallas acerca de la delimitación de los campos de análisis y de investigación, los que, en ocasiones, aparecen compartidos con otras ramas del conocimiento científico. La Ciencia Política parece haber abandonado la preocupación por la invasión de las disciplinas fronterizas (filosofía política, derecho constitucional, sociología, historia política) y hoy es posible trazar con claridad las líneas comunes de investigación y las peculiaridades metodológicas y sustantivas de la Ciencia Política contemporánea.

La amplia variedad de temas que enfoca la Ciencia Política es otro de los fenómenos que influye en el retraso de su mayoría de edad como disciplina científica y académica. Las dificultades para codificación y sistematización, si bien han oscurecido de algún modo el perfil de objeto, no han sido obstáculo para que en el último tercio del siglo XX los especialistas se pusieran de acuerdo sobre el contenido de nuestra disciplina.

Bien es cierto que tal acuerdo parece haber sido adoptado sobre bases tan simples (pero no por ello inútiles) como la que sostiene la fórmula que aconseja considerar como Ciencia Política todo aquello que hacen los politólogos o científicos de la política.

Lo paradójico, quizás, es que este acuerdo sea posible después de casi tres milenios de reflexión política, porque si bien es cierto que la Ciencia Política stricto sensu goza de una juventud escasamente discutida, la curiosidad y el interés por los problemas y los fenómenos políticos han existido en cada civilización y momento histórico.

Pero si bien es cierto que no toda reflexión política, ni las más encumbradas ni las más inteligentes, tienen o han tenido históricamente rango científico, es altamente improbable que esta carta de ciudadanía que hoy atribuimos a la Ciencia Política, haya podido madurar sin la aportación de los pensadores, teóricos e ideólogos que hicieron de la política su objeto de reflexión. El rotularles a veces como precientíficos no desmerece en absoluto sus obras; al contrario, es precisamente al pensamiento político precientífico al que debe atribuirse la paternidad de la moderna Ciencia Política, la que, muy a pesar de sus avances en la clarificación de su objeto y en la depuración metodológica, no puede prescindir –a la hora de acometer su tarea de explicar la realidad política– de las ideas, categorías y doctrinas elaboradas por los precursores.

Creemos que para dar los primeros pasos en dirección al corazón de la Ciencia Política, tenemos la ventaja de habernos aproximado con seguridad y sin vacilaciones a la idea de política. Si admitimos, provisionalmente, que política, es el objeto de la Ciencia Política, la tarea que nos cabe ahora es la de tratar de ligar los conceptos de política y de ciencia. En esta línea, es preciso decir que el esfuerzo en la construcción de la ciencia (de una ciencia en particular) comienza por la delimitación –lo más nítida posible– de su objeto (los hechos, fenómenos, procesos que estudia tal ciencia) y la explicación rigurosa del método con que la ciencia se propone conocer aquel objeto.

OBJETO Y CONTENIDO DE LA CIENCIA POLÍTICA

El avance sustantivo de la Ciencia Política en las últimas décadas no ha impedido que, alrededor de los estudios politólogos, surjan planteamientos, interpretaciones y sugerencias metodológicas no exentas de cierta artificiosidad. Conocerlas y analizarlas en profundidad también es tarea de la Ciencia Política, sin dudas, pero una tarea cuya utilidad estriba solamente en que nos permitirá conocer el estado actual de evolución de la disciplina.

Tras la explicación de las ideas fundamentales de política, resulta necesario identificar las formas políticas organizadas en las que los hombre históricamente han desarrollado sus actividades políticas. Una tarea que, en un segundo momento, demanda analizar los procesos de instauración, consolidación y funcionamiento de aquellas formas de organización política, así como de las transformaciones que éstas han experimentado. También es tarea de la Ciencia Política estudiar la forma en que los ciudadanos individuales, así como los grupos y movimientos por ellos conformados, intentan influir sobre las opciones políticas, la distribución de los recursos y la definición de los valores del sistema político.

En esta línea, será preciso analizar la interacción entre los individuos y sus grupos entre sí, como la que se establece entre éstos y las estructuras de organización vigente, y las que se producen también hacia el interior de estas estructuras. Entre estos estudios, se destacan nítidamente los que versan sobre la constitución del Estado, el funcionamiento de la burocracia administrativa, y el rol de los partidos políticos y las organizaciones sociales de interés en los sistemas políticos contemporáneos.

Otro contenido importante de la Ciencia Política es el que versa sobre la historia del pensamiento político. La importancia de este capítulo no es desdeñable en absoluto. Este aspecto histórico cimienta su utilidad en la conveniencia de estudiar las doctrinas políticas de los grandes pensadores, y la ideología de los movimientos políticos pasados, de cara a apuntalar el esfuerzo explicativo y descriptivo de la Ciencia Política

contemporánea. Quizás el valor normativo de aquellas doctrinas y de aquellas ideas se haya perdido, pero lo que es cierto es que su estudio, en el contexto histórico en que fueron formuladas, defendidas y aplicadas, contribuye a explicar mejor las regularidades políticas y sociales actuales.

Es estudio del Estado, desde su perspectiva formal o desde su perspectiva dinámica, constituyen un elemento central e ineludible en los estudios politológicos.

Algunos autores consideran que, siendo el poder el elemento característico de todo fenómeno político, debe ser aquél el objeto central de estudio de la Ciencia Política.

Otros plantean que el objeto de la Ciencia Política es el estudio de la formación, obtención, ejercicio, distribución y aceptación del poder público; entendiendo por poder público el que permite organizar autónomamente una colectividad determinada, la cual, en nuestro tiempo, asume la forma que denominamos Estado.

Pero quizás el más exitoso intento de describir el objeto de la Ciencia Política sea aquel que sostiene que la ciencia política describe los hechos y explica las relaciones fácticas o las regularidades que descubre en la realidad política, que constituye el objeto formal de la teoría política, y que trata de la autoridad, del poder, de la influencia y de los demás hechos que conforman dicha realidad, mediante juicios de conocimiento que se integran en el acervo de la Ciencia Política moderna.

En conclusión, diremos que admitida la mayor precisión del concepto de realidad política como núcleo del objeto de estudio de la Ciencia Política, y su acierto a la hora de superar el debate entre Estado y poder como objetos exclusivos de conocimiento, se hace necesario enumerar cuáles son aquellos elementos políticos o de incidencia política a partir de los cuales está compuesta la realidad política.

Ellos son:

- Hechos.
- Fenómenos.
- Actores Socializados (Individuales O Grupales).
- Ideas, doctrinas, ideologías, creencias, valores y opiniones dominantes.
- Estructuras de mediación (partidos, grupos, asociaciones, grupos de interés, de presión y de tensión).
- Normas formalizadas para la solución pacífica de los conflictos.
- Reglas no formalizadas pero aceptadas implícitamente, e
- Instituciones.

La naturaleza o el carácter político de estos variados fenómenos, depende, como ya se ha dicho, de su inserción en alguna de las tres categorías de lo político.

CIENCIA POLÍTICA EN EL MARCO DE LAS CIENCIAS SOCIALES

Si partimos de la definición clásica que afirma que ciencia es el conjunto de propuestas racionales, basadas en la observación y sometidas a una prueba permanente de verificación empírica, tenemos la base para

“Lasallistas sin Fronteras, 80 años formando familias”

trazar una primera gran distinción entre las ciencias formales y las ciencias fácticas. Entre las primeras se incluye a la matemática y a la lógica, por cuanto, como tales ciencias formales, no se ocupan de la realidad ni de los hechos. Ambas elaboran construcciones racionales, sistemáticas y verificables, pero no son objetivas en el sentido de que su objeto está constituido por entes ideales que sólo existen en la mente humana. Estas ciencias formales rara vez entran en conflicto con la realidad, por cuanto se ocupan de las relaciones entre signos. Su método es la lógica, de la que se sirven para demostrar sus teoremas.

Las ciencias fácticas, por el contrario y como su nombre sugiere, se ocupan de los hechos, fenómenos y procesos que se verifican en la realidad. Su método requiere de observación y de experimentación para confirmar sus conjeturas.

Esta gran categoría del conocimiento científico admite, a su vez, una importante subdivisión. Por un lado, distinguimos a las ciencias naturales (física, química, astronomía, biología, etc.) y las ciencias sociales (política, economía, sociología, antropología, psicología, historia, etc.).

El objeto de conocimiento de esta últimas no es ya la realidad natural, sino los hechos y procesos que se verifican en el plano de la realidad social, allí donde confluyen las conductas humanas y se interrelacionan. Y como la realidad política forma parte de la realidad social, el conocimiento objetivo, sistemático y transmisible de aquella (la Ciencia Política) integrará el espectro de las ciencias sociales.

Pero si esta afirmación parece irrefutable, no se nos presenta tan sencilla la tarea de determinar el lugar que ocupa la Ciencia Política dentro del concierto de las ciencias sociales. Y tal dificultad proviene de las ya apuntadas divergencias a la hora de precisar el objeto de nuestra disciplina. Las conflictivas relaciones de parentesco o de vecindad entre la Ciencia Política y las restantes ciencias sociales arrancan desde el momento mismo en que la reflexión política fue un anexo de la filosofía. ARISTÓTELES, PLATÓN, los teóricos políticos de la Edad Media, así como HOBBS y ROUSSEAU, enmarcaron sus reflexiones en el bien del grupo políticamente organizado, y enunciaron las condiciones que permitirán alcanzarlo. Pero como hemos visto, la moderna Ciencia Política parece haberse decantado, resueltamente, por el positivismo, prescindiendo de las consideraciones éticas.

También, no faltan quienes creen que la unidad del objeto de la Ciencia Política consiste en centrar la investigación sobre situaciones históricas. Pero la historia no es la política, por más que filósofos como HEGEL y MARX hayan postulado que los fenómenos de la vida política carecen de cualquier significación si no son reconducidos al proceso histórico del que hacen parte. Los hechos históricos tienen relevancia para la ciencia política en la medida en que contribuyan a establecer ciertas regularidades del comportamiento político, permitan describir mejor la realidad política e influyan efectivamente en la conducta de los actores políticos. Por tanto, es posible afirmar con BURDEAU que los politólogos que estudian las ideas políticas hacen historia y no Ciencia Política¹. Pero esta distinción aparentemente tan tajante sólo podemos hacerla ahora y con cierta ventaja, puesto que hasta hace poco tiempo, no había una línea clara que sirviera para dividir los campos de acción de la Ciencia Política y del conocimiento de las doctrinas de las ideas políticas.

Y si seguimos explorando las confusas relaciones de la Ciencia Política con otras ciencias sociales, vemos que también existe una concepción de la Ciencia Política que la instala en el mismo ámbito del Derecho, especialmente del derecho constitucional. Pero por muy estrechas que sean las relaciones entre Política y

Derecho, estamos, otra vez, frente a fenómenos sustancialmente diferentes, aunque con algunos –y muy importantes– puntos de contacto. Uno de estos puntos es el de la organización del Estado, que aborda la ciencia constitucional que, por definición, pertenece al campo jurídico. Pero mientras el Derecho es el encargado de estudiar los aspectos normativos de la organización y funcionamiento de las organizaciones estatales, la Política encara la tarea de describir los hechos y procesos que se producen y articulan en el seno de las instituciones del Estado.

Los lazos de la Política con la sociología parecen ser hoy más estrechos y profundos que nunca. BURDEAU sugiere que ello es el resultado de la influencia que ejercen sobre nuestra disciplina los científicos políticos norteamericanos, los cuales, en su gran mayoría provienen de la Sociología. Para BURDEAU, esta corriente reconoce que los fenómenos políticos son hechos sociales, por lo que, a la hora de examinar sus manifestaciones concretas, los autores tratan de definir los factores que los condicionan. De esta forma –y siempre según BURDEAU– no tratan de estudiar tanto el hecho político en sí mismo, cuanto el medio que los produce.

Lo que resulta innegable, sin embargo, es que tanto la escuela politológica estadounidense como la Sociología, han efectuado aportaciones decisivas al progreso de la Ciencia Política y continúan haciéndolo. El esfuerzo por delimitar los ámbitos de conocimiento de ambas ciencias no supone el debamos negar estos progresos y, aún, seguir estimulándolos. La política rechaza una concepción imperialista a la hora de establecer sus relaciones con otras ciencias sociales, pero tampoco se siente colonizada por éstas, por más que el fenómeno político también pueda ser abordado parcialmente por ellas.

Otro tanto ha de decirse de las relaciones entre Política y Economía, aunque, en este caso, a más de uno le gustaría invertir los términos en que se producen sus recíprocas vinculaciones. En efecto, si bien los estudios económicos y la llamada Economía Política has supuesto un refuerzo a la cientificidad de la Política, parece más justo decir que –históricamente– la política ha determinado o influido con relativa eficacia los procesos económicos. De lo que cabe dudas es de que la economía y sus desafíos constituyen uno de los factores fundamentales del proceso de politización de una sociedad, hasta el punto de que influyen sobre el estilo de la relación política, sobre las modalidades del ejercicio del poder, y sobre el tipo de orden social vigente en cada momento histórico.

LA TAREA DE LA CIENCIA POLÍTICA

Entender la política significa sobre todo poder reconocer lo que es importante, las cosas que más influyen sobre el resultado de los acontecimiento. Significa también conocer lo que es valiosos, es decir, la influencia de cada resultado político sobre nuestros valores y sobre las personas y cosas que apreciamos y no interesan. Y significa, por último, conocer lo que es real y verdadero: cuáles de nuestras primeras impresiones, nuestra intuiciones superficiales y nuestros grados de creencia popular resistirán las pruebas de la verificación sistemática y la experiencia práctica. En suma, buscamos el conocimiento político que sea importante para predecir los resultados e influir sobre ellos, que sea pertinente para nuestros valores, y que resulte confirmado por las pruebas y la experiencia.

El último de estos aspectos del conocimiento político –su verificabilidad y verdad– no es menos importante que los otros dos. En la medida en que tal verificación sea posible, nuestro conocimiento puede ser compartido y sometido a prueba de modo impersonal, independientemente de nuestras preferencias y antipatías, sesgos y personalidades individuales. En la medida en que aprendamos a someter a prueba y a controlar aún los sesgos y errores parciales inherentes a nuestra propia situación psicológica y social y a nuestros propios supuestos métodos de investigación, podrá haber una ciencia política y no un estudio de la política o una filosofía de la política –los que pueden hacer sus propias contribuciones a nuestro entendimiento de política–, o una exposición de nuestros prejuicios.

Como ocurre en cualquier otra ciencia, no todas las cuestiones de que se ocupa la ciencia política pueden verificarse en todo momento. Pero sí, los hallazgos que pueden ser verificados se refuerzan recíprocamente; sí las revisiones de hallazgos y creencias anteriores refuerzan y amplían la estructura revisada del conocimiento verificado; y sí los hallazgos nuevos y las revisiones de los anteriores conducen a interrogantes nuevos y finalmente a adiciones de conocimiento verificado acumulativo, nos estaremos ocupando de una ciencia viva y creciente, tal como se vuelve cada vez más la ciencia política.

A menudo, la acción política no puede esperar el crecimiento lento del conocimiento. Cuando así ocurre, las decisiones deben tomarse con base en cualquier conocimiento incompleto dudoso que se tenga a mano; y estas decisiones pueden resultar a la postre erradas, en ocasiones con costos enormes en términos de derramamientos de sangre, pérdida de riqueza y sufrimiento humano. Pero la demora de una acción o decisión necesarias puede resultar no menos costosa. En consecuencia, en todo momento, los líderes políticos y los ciudadanos comunes deben comparar los costos del error con los de la demora. Solo con mejores conocimientos políticos –mejor conocimiento de las consecuencias de nuestras actitudes y acciones– podremos lograr que esta elección sea menos dolorosa y menos peligrosa, y colocarnos en una posición más favorable para convertirnos en amos, no en víctimas, de nuestro destino.

Así pues, la política es una cuestión de hechos y valores, de interés personal y de lealtad hacia los demás, de preocupación y competencia. Si es verdad que los hombres ven con mayor facilidad lo que desean ver, también lo es que para sobrevivir no pueden prescindir a menudo de la verdad. Es la preocupación fundamental por la verdad, por el conocimiento que pueda ser verificado, y por políticas que funcionen, lo que convierte el estudio de la que pueda ser verificado, y por políticas que funcionen, lo que convierte el estudio de la política en una ciencia y a quienes lo practican en politólogos. Sin esta preocupación por las pruebas, la política seguirá siendo un choque de opiniones, presiones, poder, propaganda, o mera fuerza. Cuando hay preocupación por la verdad, la política puede convertirse en una búsqueda de soluciones y de nuevos descubrimientos, de nuevas formas de trabajo y de decisión conjuntos de nuestro propio destino.

En la medida en que la ciencia política es una ciencia, es una ciencia aplicada. Sus tareas son prácticas, y sus teorías se ven a la vez retadas y nutridas por la práctica. En estos sentidos, la ciencia política se asemeja a otras ciencias aplicadas tales como la medicina y la ingeniería. Cada una de estas ciencias aplicadas aprovecha un gran número de ciencias fundamentales en lo que respecta a hechos y a métodos para enfrentarse a sus propias tareas. Los ingenieros se aprovechan de la física, las matemáticas, la química y otras disciplinas para ayudarse a construir puentes que resistan y máquinas que funcionen con seguridad. Los médicos y cirujanos acuden a la biología, la química, la física, la anatomía, la fisiología, la psicología y muchos otros campos del conocimiento, en busca de ayuda para mantener a la gente viva y saludable. De igual manera, los politólogos

“Lasallistas sin Fronteras, 80 años formando familias”



acuden a todas las ciencias del comportamiento humano como la psicología, la sociología, la economía, la antropología, la historia y la teoría de la comunicación. Lo hacen para ayudar a la gente a mantenerse en paz, libre y capaces de cooperar, de manejar sus conflictos y de tomar decisiones comunes sin autodestruirse.

1 GEORGES BURDEAU, Método de la Ciencia Política, DEPALMA, Buenos Aires, 1964.

Tomado de:

<http://webs.demasiado.com/marcelofuentes/cienciaspoliticas/mias/LaCienciaPol.htm>

Elkin Yovanni Montoya Gil

“Lasallistas sin Fronteras, 80 años formando familias”

¿QUÉ DEBERÁS HACER?

Inicia con una lectura atenta del texto, señalando aquellas ideas, conceptos y definiciones que consideres fundamentales para la comprensión del mismo. Posterior a esto desarrolla la siguiente guía de manera individual, a computador, arial 12

1. Extrae cinco ideas principales que consideres fundamentales para la comprensión del texto.
2. Elabora un esquema gráfico en el que presentes aquello que consideres fundamental del texto.
3. Presenta un recorrido histórico por la idea de Ciencia política, a partir de los postulados e ideas propuestas por los autores referenciados en el texto.
4. ¿Qué se entiende por Ciencia política? ¿Cuál es su objeto y sujeto de estudio?
5. De acuerdo a lo planteado por el texto ¿Cuál es la labor de la ciencia política?
6. ¿Consideras que tiene objetivos o funciones diferentes? Argumenta tu respuesta